



Shalom/Shalam

No puedo menos de recordar a mi abuelo.

Los abuelos siempre salen a relucir en los cuentos, en las conversaciones según nos vamos haciendo viejos, en las tardes de invierno. Sin los abuelos tantas veces pesados, reiterativos, silenciosos, adormilados, cabeceantes, arrugados y a veces arrinconados en las tertulias familiares, la vida, la nuestra haciéndose, parecería que no tiene raíces, que no tiene pasado. Ellos nos dan, sin saberlo, ese espesor histórico que toda familia necesita, que cada uno necesitamos. Mi abuelo, como casi todos los abuelos de Argentina, vino de Italia, el nono paterno; la nona materna vino de España. Ambos llenos de luz, de la luz mediterránea que les vio partir.

Sí, escribo con Alberto Cortez de fondo..., pero no, no voy a hablar de mi abuelo, aunque he de confesar que la canción me ha despertado sentimientos ancestrales. Sólo hablaré de un viejo refrán inglés que él solía decir y eso que no tenía mucho cariño a los ingleses, pero, como él apostillaba no sin ironía: "*a veces los ingleses están en lo cierto...*". La primera vez que se lo oí tendría yo 12 años, lo apunté; era el inicio de muchos apuntes posteriores de aquello que me parecía ingenioso o válido para las redacciones del colegio. Y, mira por dónde, hoy, en esta tarde de luz porteña tamizada por el *store* (¡otra palabra inglesa!), entre las volutas de humo del cigarrillo, la música de Cortez, el mate y un no sé qué de cadencioso y nostálgico, pero no triste, aflora aquella cita para contar mi historia del hombre de paz en que me voy convirtiendo, del hombre tranquilo que sin dejar de ser joven, ve las cosas con esa serena quietud en la que la fuerza impetuosa de la juventud primera se va amainando.

A lo que iba: mi abuelo decía lo que decían los ingleses: "*Los cobardes mueren muchas veces antes de morir*". Tiempo tardé en captar todo lo que tan concisamente contenía el viejo refrán inglés.

*

Lo que voy a contar es cierto.

Viví en Madrid un tiempo. ¿Qué argentino no ha vivido en Madrid un tiempo...? ¿Qué argentino no sabe de la luz, del cielo de Madrid? Y entre los muchos puntos en común entre Bs. As. y Madrid, está la luz; la pasión por la luz.

Me pasó dos veces en veinte días.

Las dos veces iba en el auto con la misma persona, un amigo de Túnez que había venido a España a conocer la arqueología islámica.

La primera, una mañana espléndida de sol otoñal, de luz madrileña -el mismo sol antitético de esta tarde primaveral porteña-, íbamos ambos a certificar unas cartas a la oficina postal más próxima. Las prisas siempre son malas consejeras. Al estacionar el auto, que apenas tenía cinco días de recién estrenado, rocé con un impresionante *mercedes benz* ya estacionado oportunamente con toda la amplitud que uno podía imaginarse. Mi hueco era menor y no calculé bien. El dueño del *mercedes* estaba esperando dentro, adormilado. Salió, salimos, de nuestros autos, nos saludamos, nos dijimos las palabras de rigor, culpabilizadoras las mías, desculpabilizadoras las suyas. Educadamente tomamos los datos del "seguro" respectivo. Dijo estar esperando a su esposa. Yo temía que ella llegase antes del intercambio de datos. Ellas reaccionan de otra manera ante un breve rasguño en su *mercedes*, viene a ser como si una nueva arruga se les hubiese añadido a su contorno de ojos y no hubiese crema reparadora para tal deterioro. Ellos reaccionan de otra forma: vociferan o relativizan el rasguño. Así fue: ella llegó presurosa. Para mi asombro, no dijo nada. No dejé de extrañarme para mis adentros. Terminó ella -como no era para menos- de rellenar los datos de la "declaración amistosa de accidente", apuntamos nuestros celulares, nos dimos la mano y nos marchamos. Nada parecía indicar que ambos autos habían colisionado. Todo era delicadeza y buenas maneras. Más bien parecía que estábamos en un intercambio contractual de venta de uno y otro. Mi amigo tunecino, silencioso, miraba, daba alguna vuelta alrededor de los dos autos, sonreía al ver cómo escribíamos y nada dijo. Entendía poco nuestro idioma.

La segunda tiene el mismo cariz. Dicen los que saben que el talante de una persona se proyecta mucho en la forma de manejar, en la valoración de su auto, en las reacciones -¡ya estamos los argentinos dándole vueltas a la psicología!- ante un volante y cómo se cambia cuando uno tiene entre sus manos esa pequeña rueda de poder, de fortuna o infortunio.

Eran las 8,30 de la tarde. La manía por los libros me había llevado a una librería poco frecuentada por mí. Me acompañaba Riahd, el tunecino, -dicho así parece nombre de terrorista, pero no, es un muchacho tranquilo, inteligente, culto y musulmán a su manera-. Compramos dos libros y justo cuando íbamos a subir al auto ¡zas! una muchacha que después nos dijo iba siguiendo a un muchacho-guía, que la guiaba por al ciudad, se coló entre mi auto y un bus que doblaba la esquina. No fue mucho el estropicio. Nerviosa salió del auto creyendo encontrarse con una fiera machista que iba a imprecarla hasta verla disminuir a la altura enánica de la acera. Nada. La recibí con una carcajada que la desconcertó. "*No te preocupes, bonita, ya es la segunda vez en veinte días*", le dije. Azorada, comprobó los rasguños profundos en mi auto y el tremendo abollón en el suyo.

Al abrir la puerta para sacar los papeles de una nueva declaración amistosa de accidente, se le cayó uno de los adornos-defensa de su auto, que no era suyo, sino de su mamá, según dijo.

Experto en el arte de tomar notas de colisiones fui rellenando los papeles. Ella hablaba con su mamá, con su novio, con... no sé cuántas llamadas por el celular hizo en veinte minutos. Rubia, regia, fantástica, pálida, con golpe de cabello sobre los ojos que apartaba con ese tic tan femenino de quien no sabe qué hacer con las manos, hablaba y hablaba para nada solucionar. El tunecino miraba muerto de la risa. Media hora más tarde llegó su novio que nada nos solucionó, ni tan siquiera sabía manejar. Hubo de confesarle que seguía a otro chico que la iba a llevar hacia "La Castellana". Intercambiamos entre los dos una mirada cómplice, pacífica y pícaro a un mismo tiempo. Todo estaba bien. Nos despedimos. Se llamaba Yolanda y se perdió en la noche, esta vez sí: iba con su novio al lado. Allí quedamos Riahd y yo, riéndonos de nosotros mismos.

Y me dijo:

- Sabes, desde el otro día venga dándole vueltas a estos dos incidentes. A mí me cuesta entenderlos. No sé cómo hacéis para no gritaros, insultaros, no levantar las manos, no amenazaros. Todo tan pacífico, sin violencia alguna, tan educado... resulta hasta aburrido. En mi país todo hubiera sido una tragedia: gritos, insultos, amenazas y todo tipo de violencia, al menos verbal. Gritamos mucho pero después no hacemos casi nada. Cada uno se marcha con su razón, insultando, moviendo mucho las manos. A veces hay peleas, sí, y viene la policía, y damos patadas al auto contrario... Nos desahogamos, es más divertido. La gente disfruta con el enfrentamiento, se juntan cientos alrededor y todos opinan. Aquí no ha venido nadie. El único yo, como espectador y testigo. Creí que me ibais a preguntar algo. Nada. No ha pasado nada. ¡El "seguro"! ¡Y encima lo llamáis "parte de declaración amistosa"! ¡Si no sois amigos! ¡Si no os conocéis...! Nosotros, hasta en el desierto, los camellos se ponen furiosos...y dan vueltas y gritan... Aquí nada, un triste espectáculo.

Intenté explicarle lo mejor que pude, en francés, que no todos somos así, que también había algunos que... pero que habíamos topado las dos veces con gente educada, que...

- No, no; yo creo que sois cobardes, os dais miedo, os miráis para medir las fuerzas y después no sois capaces de dar un paso al frente para defender lo vuestro.

- Mira, Riadh, no creas que somos cobardes. Mi abuelo decía...

Y le dije en inglés lo que podía haberle dicho en francés, pero que él entendió con su inglés de trapicheo de la medina de Túnez. Y la repitió en voz alta:

- "Los cobardes mueren muchas veces antes de morir". Sí, está bien. Voy a necesitar quedarme más tiempo aquí, en Madrid, contigo, para aprender a ser pacífico, menos airado de lo que a veces me muestras...

- ¡Noo!, le grité. Pasado mañana regresas a tu casa. Era lo pactado.

Y de repente me di cuenta de que había dejado de ser el hombre pacífico que Riadh había visto en mí. Los dos nos echamos a reír... Su provocación me había hecho saltar exclamativamente, que no con violencia...

- Arranca, tonto; no ves, sois tan educados que parecéis ingenuos.

Eran las 10 de la noche. Había fútbol y las calles estaban vacías. De vez en cuando, salían algunos gritos de los bares. Hablamos sobre los distintos caracteres, las dos culturas, la agresividad reprimida o educada, el terrorismo, el mundo árabe, el occidente desconcertado, la paz continuamente amenazada, la guerra santa, de los judíos, de... Íbamos por La Castellana como dos adalides de la paz, sin obstáculos ideológicos o religiosos, sólo los semáforos reprimían por un instante el gozo de la amistad libre y diáfana entre dos visiones de la vida aparentemente dispares, pero sin disparar, sin herirnos el uno al otro con no más dardos que los finos del humor y la ironía.

Y llegamos a la Plaza de Castilla, a las dos torres "Puerta de Europa" y allí, parados un instante, como sellando la amistad certera entre un musulmán y un cristiano, por encima de razas, ideologías e historia enfrentadas; allí en medio de esas dos torres inclinadas, que dejando un enorme espacio abierto entre sí, tienden entre acero y cristal al infinito, inclinamos también nuestros brazos para sacarnos la última foto del adiós momentáneo, unitivo. Y alzando la voz, cual si en medio del teatro de su Cartago natal me encontrase, le declamé estos versos de un poeta amigo:

*"Sea Ulises tu guía
al viajar por tu vida, compañero,
taponas tus oídos contra toda sirena,
átate al duro mástil de tu barca
y, obedece a tu brújula secreta.
Pon rumbo a la aventura irrenunciable:
el viaje hacia ti mismo."
(J.L.Sampedro)*



En silencio, subimos al auto, miramos los dos al frente y yo sólo supe decirle: *"Shalom, mon ami Riadh"*; y él me dijo: *"Shalam, mon ami Guille"*. Y, limpiándonos las tontas lágrimas de la despedida, notamos cómo la paz se hizo un hueco dentro y se acurrucó para siempre en un rincón del corazón universal de ambos.

*

Son las 9 de la noche.

Las luces de Buenos Aires tienen esa calidez propia de lo íntimo; alumbran pero no deslumbran.

El mate se ha quedado frío. La música hace rato que calló.
Hay silencio en mi cuarto.

Enciendo un cigarro como si de la pipa de la paz se tratase.

Y pienso en Riadh, que estará vendiendo en su medina por el mísero sueldo de tres dinares al día. Y todo para poder seguir estudiando.

Echo la ceniza sobre el platillo dorado que me regaló con mi nombre en árabe.

- *"Úsalo, me dijo, no lo dejes ahí muerto, reluciente; márchalo y límpialo, como la amistad"*.

Y sobre la estantería con mis libros, la foto, la última foto con las Torres de Europa, símbolo de otras torres construidas con el amor de la amistad y la concordia, símbolo de Paz entre nosotros, de una paz pequeña, minúscula, muy nuestra, la paz sellada entre dos mundo, dos culturas, con aquel Shalom/Shalam que aún resuena en mí con la dulce cadencia del tiempo no desgastado, de la historia común compartida que camina hasta el infinito, a través del ancho mar de Ulises que baña las costas y los sueños de cristianos, de judíos, de árabes, de tantos otros pueblos y culturas que han surcado por las aguas de ese enorme lago en medio-de-la tierra...

José Antonio Solórzano

